

El autor y sus máscaras: Cervantes y Machado de Assis

AUTOR

Antonio Maura*

amauraba@gmail.com

* Socio correspondiente de la Academia Brasileña de Letras. Director del Instituto Cervantes de Río de Janeiro (Brasil).

O autor e suas máscaras: Cervantes y Machado de Assis

The author and his masks: Cervantes y Machado de Assis

RESUMEN

Cervantes y Machado de Assis, como sus dos principales novelas, *El Quijote* y *Memórias póstumas de Brás Cubas*, surgieron en dos momentos históricos y estéticos cruciales. Sus obras aportaron un nuevo planteamiento tanto en la estructura narrativa como en el tratamiento del propio autor. Por distintas razones, Machado y Cervantes decidieron ocultarse tras un personaje ficticio. Este enmascararse del autor obedece a una necesidad, ya que sólo desde un pretendido anonimato, así como del humor, ambos novelistas pudieron describir la sociedad en la que vivieron con mayor libertad.

RESUMO

Cervantes e Machado de Assis, como seus grandes romances, *Dom Quixote* e *Memórias póstumas de Brás Cubas*, surgiram em dois momentos históricos e estéticos cruciais. Suas obras contribuíram para uma nova abordagem tanto no tratamento do autor quanto na estrutura narrativa. Por diferentes razões, Machado e Cervantes decidiram se ocultar atrás de personagens fictícios. O mascaramento do autor se deveu à necessidade, pois desde fingidos anonimatos, quanto desde o humor, ambos os romancistas puderam descrever mais livremente as sociedades nas quais viveram.

ABSTRACT

Cervantes and Machado de Assis, as their great novels, *El Quijote* and *Memórias póstumas de Brás Cubas*, arose in two crucial historical and aesthetic moments. Their works contributed to a new approach both in the treatment of the author and in the narrative structure. For different reasons, Machado and Cervantes decided to hide behind fictional characters. The masking of the author was due to necessity, considering that from feigned anonymity, as well as from humor, both novelists could describe more freely the societies in which they lived.

¿Era Machado de Assis un novelista de la estirpe de Cervantes? O más bien, ¿fue Cervantes un escritor pre-machadiano, preámbulo de aquella literatura en libertad que engendró a Sterne y a Diderot y que, luego, a través de Machado, condujo a Borges y a toda la narrativa del siglo XX que ha venido en denominarse 'meta-novela'? Esta doble pregunta es, en síntesis, solo una, y retórica, pues es Cervantes tan inocente de lo que hicieran sus herederos con su obra, como éstos de lo que el padre, o padrastro del *Quijote*, quiso o pretendió decir. En la literatura, como en la vida, los rasgos hereditarios son inevitables y nadie debe sentirse responsable de ellos: basta con alegar que hemos nacido y que somos capaces de contarlo.

Antes de establecer semejanzas y diferencias entre estos dos escritores y de las obras maestras del *Quijote* y de las *Memórias póstumas de Brás Cubas*, me gustaría recordar dos trabajos, para mí muy significativos, que sobre ambos autores se han escrito. El primero, que tiene por título "Machado de La Mancha", es del novelista mexicano Carlos Fuentes¹. El autor de *Terra Nostra* defiende que existen dos líneas maestras en la trayectoria novelística occidental, que denomina de "La Mancha" y de "Waterloo":

La tradición de Waterloo se afirma como realidad. La tradición de La Mancha se sabe ficción y, aún más, se celebra como ficción. Waterloo ofrece rebanadas de vida. La Mancha no tiene más vida que la de su texto, haciéndose en la medida en que es escrito y es leído. Waterloo surge del contexto social. La Mancha desciende de otros libros. Waterloo lee al mundo. La Mancha es leída por el mundo. Waterloo es serio. La Mancha es ridícula. Waterloo se basa en la experiencia: nos dice lo que sabemos. La Mancha se basa en la inexperiencia: nos dice lo que ignoramos. Los actores de Waterloo son personajes reales. Los de La Mancha, lectores ideales. Y si la historia de Waterloo es activa, la de La Mancha es reflexiva (Fuentes, 1998, p. 11).

El escritor mexicano considera al autor carioca, evidentemente, como un escritor de La Mancha y como el primer novelista americano del llamado "realismo mágico" en el que él mismo se incluye junto a Borges, Rulfo o García Márquez, entre otros. Curiosamente, denomina al pretendido responsable de las *Memórias póstumas* como Blas Cubas, posiblemente por causa de una de las primeras traducciones de la novela a la lengua española, que fue firmada por Antonio Alatorre y publicada en México en 1922. Más tarde explicaré porque hago esta puntualización.

El segundo texto al que quiero referirme pertenece al novelista Julián Ríos y se titula "Aventuras póstumas de Machado de Assis"². En este breve y bello artículo el autor de *Larva* imagina un encuentro fantasmagórico con el escritor brasileño en el Salón del Libro de París en 1996. Y también cita a Cervantes como origen de una literatura que, a través de Fielding y Sterne, conduce indefectiblemente al gran Machado de las *Memórias póstumas de Brás Cubas*, ahora sí, escrito con su verdadero nombre y no en su pretendida traducción castellana o española. Como Cervantes, dice Julián Ríos, Machado de Assis se enfrenta a la página con enorme libertad, desde el enunciado del capítulo hasta todo tipo de juegos literarios, que ha heredado de los novelistas británicos y del autor español: "Machado de Assis ha seguido también la estrategia cervantina de utilizar los capítulos como reclamos para atraer al curioso lector" (Ríos, 2001, p. 16). También se detiene en la dedicatoria machadiana de las *Memórias*: "Ao verme que primeiro roeu as frias carnes de meu cadáver" y comenta que tal vez ese gusano fuese justamente el lector: "¿lector voraz en lugar de veraz?", se pregunta el novelista español.

Machado, sin duda, pertenece a la estirpe de Cervantes y en su biblioteca estaba *El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Pero, y en ello acierta Julián Ríos, su lectura está tamizada por la de Sterne y, como el propio Machado indica en el prólogo de las *Memórias*, por la de De Maistre, así como también, aunque no lo indique explícitamente, por la del Diderot de *Jaques, el fatalista* y la de otros enciclopedistas, Rousseau y Voltaire, así como por la de los moralistas franceses de

PALABRAS CLAVE
Memórias póstumas de Brás Cubas; El Quijote; Machado de Assis; Cervantes; enmascaramiento

PALAVRAS-CHAVE
Memórias póstumas de Brás Cubas; Don Quixote; Machado de Assis; Cervantes; emascaramento

KEYWORDS
Memórias póstumas de Brás Cubas; Don Quixote; Machado de Assis; Cervantes

Recibido:
21.07.2017

Aceptado:
18.01.2018

los siglos XVII y XVIII. Pero ya que hablamos del prólogo de este libro singular, en toda la literatura de Brasil y en la narrativa de su siglo, sigamos con la justificación de Machado de Assis, que escribe con la firma de Brás Cubas:

Trata-se, na verdade, de uma obra difusa, na qual eu, Brás Cubas, se adotei a forma livre de um Sterne, ou de de um Xavier de Maistre, não sei se lhe meti algumas rabugens de pessimismo. Pode ser. Obra de finado. Escrevi-a com a pena da galhofa e a tinta da melancolia, e não é difícil antever o que poderá sair desse conúbio (Machado de Assis, 2008, p. 625).

La “pena da galhofa”, que se ha taducido al castellano como la “pluma del escarnio”, y también de la broma, podría ser también la de Cervantes, pues su Quijote nace como burla de los libros de caballerías y con la misma “tinta de la melancolía” que el autor de las *Memórias* o más bien del pretendido autor de las memorias, pues no sabemos bien si se trata de Machado de Assis o de Brás Cubas. Veamos que dice Cervantes en el prólogo de su *Quijote* del que asegura ser padraastro y no padre:

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? (Cervantes, 2000, p. 79).

También Cervantes empapa su pluma en honda y oscura melancolía, pues engendra a su hijo en una cárcel. Y como Machado no tarda en enmascararse en un pretendido autor. Ya venía anunciándolo antes, cuando hablaba de los autores del libro que está escribiendo. Sin embargo, sólo nos presentará al verdadero autor del *Quijote* en el capítulo IX de la primera parte, al contarnos que estando en Toledo

compró a un muchacho un manuscrito en lengua árabe con el título de *Historia de Don Quijote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*. El autor, al no conocer la lengua, le pide a un morisco que lo traslade al castellano y, para ello, le lleva a su casa, donde en poco más de mes y medio éste lo tradujo al completo. Mediante este artificio de incluir a otro autor y, además, de un traductor que interprete el manuscrito y se lo dé a conocer al escritor que figura en la portada del libro, Cervantes diseña un juego de espejos que, al multiplicar los puntos de vista de forma inusitada y situarse él mismo dentro y fuera de la obra, sólo hallará paralelo cincuenta años más tarde en otra obra maestra, en este caso de la pintura, como es *Las Meninas*, de Velázquez³.

Sin embargo, la invención de un historiador que narre los libros de caballería no era nueva. De hecho, en 1510 salía de la imprenta *Las sergas de Esplandián* del escritor judeo converso, Garcí Rodríguez de Montalvo. En él, el autor introduce al sabio Elisabat que es quien ha escrito la historia del caballero y, como lo ha hecho en lengua griega, se hace necesario traducirlo. Algo que hará la maga Urganda a través de su sobrina Julianda. Rodríguez Montalvo, que escucha esta versión oral, la guarda en la memoria y la escribe más tarde al llegar a casa. Existe otra similitud entre ambas novelas y son los pretendidos autores de las respectivas historias: Elisabat es la suma de las voces Eli (el profeta) y Sabat (sábado, día de descanso de los judíos). En el caso del *Quijote*, el historiador recibe el nombre de Cide (Señor) Hamete (Hamid) Benengeli (Aberenjenado, en lengua árabe). Si Rodríguez de Montalvo, como judeo converso, escoge a un sabio judío, Cervantes, tal vez por su cautiverio argelino y por su condición de “hombre de frontera”⁴, prefiere a un árabe, quedando de ese modo representadas las dos minorías religiosas españolas que fueron expulsadas del país antes de que se forjase un ilusorio imperio.

Hay también diferencias en ambos casos. El libro de Rodríguez de Montalvo es de su completa autoría, aunque lo tomase de otro autor y de una traducción. El escritor confía en su memoria y reproduce las aventuras del caballero tal como las recuerda e inventa lo que no ha sido capaz de retener. Es una novela basada en los hechos narrados por un sabio, pero urdida por un autor competente

y responsable de su texto. No así es el caso de la novela de Cervantes, cuyo autor escribe en tiempo real, pues cuando se nos narra la aventura de Toledo se acaba de contar la historia del Vizcaíno, que está recogida ya en el libro de Benengeli. Y no sólo esto, en la segunda parte del *Quijote*, el historiador árabe aparece continuamente y es objeto de diferentes caracterizaciones: como historiador “muy curioso y muy puntual” (I, XVI), como un “fidedigno autor” (II, LXI), como la “flor de los historiadores” (II, LXI), pero también como embustero, ya que es “muy propio de los de aquella nación ser mentirosos” (I, IX), y también caprichoso, pues abandona el relato a su antojo, como sucede en el episodio de Barcelona, donde el propio Cervantes debe dejar de contar lo que le sucede a su protagonista porque “así lo quiere Cide Hamete” (II, LXI). En todo caso, el padre o padrastro de Don Quijote califica, comenta y disiente de lo que el historiador árabe ha escrito. Cide Hamete es un personaje más de la novela y la cosa se complica más cuando aparece el *Quijote*, de Alonso de Avellaneda. Cervantes hace entrar en liza a su historiador Benengeli con el intruso autor del apócrifo *Quijote* e, incluso, introduce en su novela a Don Álvaro de Tarfe, uno de los personajes de Avellaneda. Este hecho de estar dentro y fuera de su novela, comentarla o criticarla, disculparse de los errores, así como servirse de todos los recursos, incluyendo aquellos que le aporta el plagario de su idea y protagonistas, hacen de Cervantes el fundador de la novela moderna. Laurence Sterne, por su parte, escribe *Tristram Shandy* haciendo que su protagonista y narrador cuente la historia de su vida añadiendo las ideas que le vienen a la cabeza al hilo de lo que está contando. De ese modo, Sterne inaugura muchos de los juegos que imitará Machado de Assis en sus *Memórias póstumas*. Pero hay algo a lo que no se atrevieron ni Sterne ni Cervantes: si éste último hizo que hablasen dos perros en el *Coloquio de Cipión y Berganza*, Machado de Assis fue más lejos, pues imaginó que el narrador fuera un muerto. Brás Cubas es un “finado autor” que empieza su biografía por su entierro, que es donde acaban las novelas del siglo XIX. Y nos explica el panegírico de sus amigos, para reírse de ellos y de sí mismo, y luego iniciar el relato de su vida y de la de sus contemporáneos con una ironía cargada de sarcasmo. Muchos de los hallazgos de su novela son puras invenciones a la manera de Sterne como el diálogo entre Brás y su Virgilia, “O velho diálogo de Adão e Eva”, hecho de puntos suspensivos y

signos de admiración e interrogación, o tan sólo de puntos suspensivos como en “De cómo não fui ministro d’Estado”. Otros capítulos recuerdan a los del *Quijote*, pues comentan y valoran lo que el lector leerá a continuación. También Brás, como finado autor, entra y sale del discurso de su historia cuando quiere y como quiere, no pretendiendo elaborar un relato veraz, sino voraz, como diría Julián Ríos.

En todo caso, los dos libros, *El Quijote* y las *Memórias póstumas*, tienen dos autores: uno real, el que figura como tal en la capa, y otro ficticio. Mucho se ha escrito sobre Cide Hamete Benengeli, pero no se ha conseguido desentrañar su misterio. No sabemos de su historia ni de cómo llegó a conocer a Don Quijote. Parece que su única misión es dar veracidad al personaje y contar sus hazañas tal como están sucediendo en ese preciso momento, en tiempo real, pero ¿cómo es esto posible? Cervantes sugiere una explicación: Benengeli es, además de historiador, un mago. Y, como mago, lo sabe todo y es capaz de sobrevolar el tiempo presente y convertirlo en relato. Este es uno de los secretos del *Quijote*: lo que tenemos entre manos no es una historia real o ficticia, sino un libro⁵. Y en un libro todo acontece en el preciso momento de la lectura. Además Cide Hamete le permite a Cervantes esconderse debajo de una máscara. No olvidemos que, como escribía en el prólogo de su novela, engendró a su personaje en una cárcel y, además la época en la que le tocó vivir no fue fácil: había sido cautivo en Argel durante cinco años y la Inquisición en todo su apogeo perseguía de forma indiscriminada y aleatoria a todo sospechoso de herejía y de divergencia ideológica. Cuarenta años antes de publicarse el *Quijote*, el inquisidor Fernando de Valdés⁶ había hecho imprimir el primero de los *Índices de libros prohibidos* (1559) al que seguiría el de Gaspar de Quiroga en 1583.

Muy diferentes, pero no menos graves, fueron las razones de Machado de Assis para esconderse tras el relato de un muerto. El autor de las *Memórias*, hijo de una lavandera de las Azores y de un descendiente de esclavos, era moreno, o mulato, tartamudeaba y padecía de epilepsia. Sin embargo, supo disimular sus “debilidades”, que en ocasiones consideró defectos, para convertirse en uno de los intelectuales de referencia de su tiempo y de su país, como cronista, poeta, narrador y fundador de

la Academia Brasileña de Letras. ¿Cómo afrontar los prejuicios de raza y de clase en el Brasil de la segunda mitad del XIX y comienzos del XX? ¿Qué postura adoptar ante los “abolicionistas” casi en su totalidad blancos? ¿Cómo contar las contradicciones de la casta dominante siendo como era oriundo de una clase considerada inferior? El tiempo machadiano, que comprende el Segundo Reinado de Pedro II y la denominada Primera República, fue una época de arribismos, donde se desmoronó la aristocracia rural y emergió una burguesía ociosa y sin escrúpulos. ¿Cómo podría describir esa realidad un mulato sino enmascarándose?

El afán ético y moralizante, así como el realismo de sus descripciones, son características que comparten Cervantes y Machado de Assis. Ambos buscan ejemplarizar, que sus cuentos y novelas orienten al lector no sólo en la veracidad del relato, sino también en su moralidad: escribir enseñando y leer aprendiendo, ésta podría ser la máxima que ambos autores tomaron por norma. No es casualidad que Cervantes titulase con el nombre de *Novelas ejemplares* su colección de relatos. Los dos escritores padecieron los rigores de su tiempo y los sobrellevaron con humor, en ocasiones teñido de negro, e ironía a veces convertida en sarcasmo. Sirva de ejemplo la dedicatoria de las *Memórias póstumas*, que se ha reproducido antes, o el final de la novela que concluye el capítulo que titula significativamente “Das negativas”: “Não tive filhos, não transmiti a nenhuma criatura o legado da nossa miséria” (Machado de Assis, 2008, p. 758). Pero algo que ha pasado desapercibido para muchos críticos puede leerse en la capa misma del libro: la novela, en verdad, son las memorias póstumas de un tal Brás Cubas. ¿Quién es este individuo? Alguien imaginario sin duda, pero no puedo dejar de pensar que el nombre de pila del tal personaje coincide con las cuatro primeras letras de su país. ¿Será entonces Brás el propio Brasil? ¿Es el gran país americano el finado que escribe sus memorias? Muchas cosas, entonces, cobrarían sentido. Sin duda a Machado, al que rara vez se le escapaba un juego de palabras y, menos en esta novela, donde hace alarde de tantos y tan variados malabarismos, no le pasaría desapercibido. Tal vez haya querido gastarnos una broma más, un chiste macabro para sus contemporáneos que leerían con avidez su libro sin saber que su autor los consideraba unos simples gusanos royendo el inmenso cadáver de

su país. No está desencaminado Julián Ríos cuando considera que los lectores son los gusanos a los que va dedicado el libro.

Si Cervantes se oculta tras el disfraz de un historiador, sabio o mago árabe, que pertenece a una minoría religiosa, los moriscos, con la que fue especialmente rigurosa la inquisición española⁷, Machado es más ambicioso y se esconde bajo el cadáver de todo un país. En ambos casos, los dos escritores toman distancia de las narraciones que emprenden, pues son otros sus autores y, por ello, pueden valorar el texto escrito con total libertad. En el caso del *Quijote* porque su pretendido autor es un moro embustero, aunque “puntual historiador”, y por tanto se le puede conceder el crédito que uno considere oportuno. Por otra parte, los dos escritores navegan entre dos aguas: las del idealismo renacentista y la picaresca en el caso de Cervantes y las del romanticismo y el naturalismo en el de Machado de Assis: El *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, es rigurosamente coetáneo del *Quijote* como *O mulato*, de Aluísio Azevedo, de las *Memórias póstumas de Brás Cubas*. Sin embargo, ni Cervantes ni Machado cayeron en la tentación de un realismo radical y reivindicativo como el de sus contemporáneos. Se ha escrito que la enfermedad que aquejó a Machado en 1878, que le obligó a dejar Río para refugiarse en Nova Friburgo, y de la que temió morir, podría estar en el origen de sus *Memórias*. Sin duda, el humor negro, cuando no cáustico, y el tono desabrido y pesimista, puede hacerlo pensar así. Cervantes, como cuenta, engendró a su personaje en la cárcel, pero no por ello perdió el sentido del humor ni la objetividad ante los hechos de su tiempo. También su personaje le acompañó más de una década, mientras que Brás Cubas estuvo con su autor poco más de un año. Don Quijote maduró con Cervantes, Brás Cubas fue un exabrupto de Machado.

Hay dos pasajes en estas novelas que me gustaría comentar y que guardan cierto parecido por su carácter un tanto insólito en las respectivas narraciones. Se trata del episodio de la cueva de Montesinos en el *Quijote* y del delirio en las *Memórias*. Bien sea por causa de la fantasía o del sueño inconsciente, los protagonistas se dejan arrastrar por su yo más profundo. Ambas experiencias ocurren en un tiempo muy breve, una media hora aproximadamente, que es lo

que Brás considera que ha durado su visión o el que establece Cervantes, en el capítulo XXII de la segunda parte, aunque luego lo amplíe a una hora. Sin embargo, para los protagonistas el tiempo de la experiencia es mucho más largo. Don Quijote dice que duró tres días con sus noches y Brás el tiempo que le permitió contemplar el discurso de los siglos y toda la aventura humana. Y en ambos casos se nos explica que se trata de un sueño: Don Quijote está profundamente dormido cuando le alzan y sacan de la cueva, y Brás ve como el hipopótamo que le ha llevado en su viaje se convierte en su gato al despertar. Son, por tanto, dos sueños literarios de muy diversas características, pues también son muy distintos el finado autor y el caballero andante. Si éste último contempla un palacio de cristal en medio de “amenísimos campos”, donde están encantados Montesinos, el caballero Durandarte y su dama Belerma, que aparece envejecida y marchita, así como numerosas doncellas entre las que divisa a la sin par Dulcinea del Toboso, Brás contempla a la diosa Naturaleza o Pandora, que le hace conocer toda la caterva de siglos y milenios en los que se ha empeñado el hombre:

Os séculos desfilavam num turbilhão, e, não obstante, porque os olhos do delírio são outros, eu via tudo o que passava diante de mim - flagelos e delícias - desde essa coisa que se chama glória até essa outra que se chama miséria, e via o amor multiplicando a miséria, e via a miséria agravando a debilidade. Aí vinham a cobiça que devora, a cólera que inflama, a inveja que baba, e a enxada e a pena, úmidas de suor, e a ambição, a fome, a vaidade, a melancolia, a riqueza, o amor, e todos agitavam o homem como um chocalho, até destruí-lo como um farrapo. Eram as formas várias de um mal, que ora mordía a víscera, ora mordía o pensamento, e passeava eternamente as suas vestes de arlequim, em derredor da espécie humana. A dor cedia alguma vez, mas cedia a indiferença, que era um sono sem sonhos, ou ao prazer, que era uma dor bastarda. Então o homem, flagelado e rebelde, corria diante da fatalidade das coisas, atrás de uma figura nebulosa e esquiva, feita de retalhos, um retalho de impalpável, outro de improvável, outro de invisível, cosidos todos a ponto precário, com a agulha da imaginação; e

essa figura - nada menos que a quimera da felicidade - ou lhe fugia perpetuamente, ou deixava-se apanhar pela fralda, e o homem a cingia ao peito, e então ela ria, como um escarnio, e sumia-se, como uma ilusão (Machado de Assis, 2008, pp. 634-635).

He reproducido este trecho, quizás algo extenso, porque en él se muestra de forma fidedigna las profundas convicciones de Brás Cubas, es decir del propio Machado de Assis, en lo que se refiere al hombre y a su condición. Al final, como místico de una teología negativa y atea, el protagonista de las Memórias se entrega a la “voluptuosidade do nada” igual que Don Quijote a sus fantasías caballerescas, donde el sueño puede ser realidad, aunque se considere locura. En todo caso, ambos pasajes se incrustan en el texto narrativo, como medallones en la fachada de un edificio, para indicar la personalidad del propietario de la historia que se narra: el esperanzado, a fin de cuentas, Cervantes, que a pesar de todas las desventuras, incertidumbres y peligros de su tiempo, aún confiaba en la humanidad, y la del desengañado Machado de Assis, que había perdido la ilusión en el ser humano, cuya seña de identidad era la hipocresía, ya que, en su opinión, lo único que le movía era la ambición y el egoísmo. Sólo una sola cosa podría salvarle y era su cita puntual con la parca.

Han pasado cuatrocientos años de la muerte de Cervantes y poco más de cien de la de Machado de Assis, pero sus opiniones, aunque contrapuestas, son plenamente vigentes hoy en día. En ambos se modula la distancia que existe entre la esperanza y el desaliento, entre el escepticismo y la confianza en el ser humano y su destino. En todo caso, en algo se parecen, y es en el humor y en la libertad que han puesto de manifiesto al escribir sus respectivos libros, que son simples remedos fantaseados de sus propias vidas.

NOTAS

¹ “Machado de la Mancha”, conferencia impartida en la Casa de América de Madrid el 20 de mayo de 1996, publicada en la revista *Quimera*, de diciembre de 1998.

² Ponencia de Julián Ríos en la Casa de América de Madrid en mayo de 1996 y publicado en la revista *Quimera*, en marzo de 2001.

³ El paralelo lo establece Edward Riley en su libro *Teoría de la novela en Cervantes* (p. 85).

⁴ Se puede consultar el trabajo “Cervantes y Turquía” en *Cervantes libertario*, de Emilio Sola, donde explica la condición de estos personajes que vivían en la frontera mediterránea Habsburgo-Otomana: “un ‘hombre de frontera’ se convierte en sospechoso inmediato de mal cristiano, en súbdito sospechoso por ello, que tendrá que manifestar su ortodoxia católica de manera muy explícita si no quiere tener problemas” (Sola, 2016, p. 70).

⁵ “Don Quijote y el libro son como uña y carne, constituyen la misma unidad fundamental” (Redondo, 2016, p. 81).

⁶ La figura del inquisidor Fernando de Valdés (1483 - 1568), meticulosa e implacable, debería ser estudiada en profundidad, pues no sólo sofocó los brotes erasmistas y protestantes de Valladolid y Sevilla en 1559, donde fueron condenados a muerte en la hoguera veintinueve personas, sino que puso en el índice de autores prohibidos, entre otros, a Fray Luis de Granada o Francisco de Borja, además de al propio Erasmo. También, por cuestiones personales, fundamentalmente por la envidia, fue responsable del proceso y encarcelamiento del arzobispo Bartolomé de Carranza.

⁷ Cervantes, en el capítulo XXVII de la II parte del *Quijote* hace jurar a Cide Hamete como católico cristiano, aunque el traductor de la historia apunta que lo dice aún “siendo él moro, como sin duda lo era”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Cervantes, M. de. (2000). *Don Quijote de la Mancha*. Madrid: Cátedra, Letras Hispánicas.

Fuentes, C. (1998). Machado de La Mancha. *Quimera* (175), 8-17.

Machado de Assis, J. M. (2008). Memórias póstumas de Brás Cubas. In J. M. Machado de Assis. *Obra completa em quatro volumes*. Rio de Janeiro: Editora Nova Aguilar.

Redondo, A. (2016). Don Quijote y el libro. *Revista de Occidente* (427), 68-88.

Riley, E. (1971). *Teoría de la novela en Cervantes*. Madrid: Taurus.

Ríos, J. (2001). Aventuras póstumas de Machado de Assis. *Quimera*, Barcelona, 16-20.

Sola, E. (2016). *Cervantes libertario*. Madrid: Fulminantes.